

El más célebre de los apelativos de la economía es el de *dismal science*, la ciencia lúgubre. Desde hace algo más de ciento cincuenta años los economistas hemos debido convivir con esta visión crítica de nuestra disciplina, que la concibe como vulgar, materialista, cruel e inmoral. Pero esta concepción no sólo es equivocada en nuestros días, sino que ha consistido en una terrible injusticia desde su mismo nacimiento. Los enemigos política y económicamente “correctos” de la ciencia económica no sólo son reaccionarios hoy, sino que lo han sido siempre. La lúgubre historia de la ciencia lúgubre se funda en los reproches que los economistas clásicos recibieron por haberse *opuesto* a la esclavitud¹.

La primera vez que nuestra ciencia recibió esa denominación infame fue en esta cita: “Una ciencia social...que encuentra el secreto del universo en ‘la oferta y la demanda’, y reduce el deber de los gobernadores de la humanidad al de dejar a la gente en paz...No es una ciencia alegre...no, es triste, desolada y en realidad abyecta y miserable; la podríamos llamar, concediéndole eminencia, la ciencia *lúgubre*”.

Su autor era el historiador, ensayista y filósofo escocés Thomas Carlyle (1795-1881) en diciembre de 1849 en un artículo publicado anónimamente en la *Fraser's Magazine* titulado “Occasional discourse on the negro question”, el que apoyaba la esclavitud, ridiculizaba el “sentimentalismo rosicler” que había liberado a los esclavos en las Indias Occidentales y abogaba por la reintroducción del látigo para obligar a trabajar a esos negros “sentados allí, con sus hermosos hocicos atiborrados de calabaza”². Esto rompió su amistad con el principal economista de la época, John Stuart Mill, a quien sedujo su romanticismo antiutilitario, pero que en sucesivas ediciones de sus Principios rechazó el elitismo de Carlyle y su paternalismo con respecto a los pobres, a quienes trataba incorrectamente “como a niños”³.

* Agradezco la generosa ayuda del profesor David M. Levy, del Center for the Study of Public Choice de la George Mason University, que me ha inspirado este ensayo al haber atraído primero mi atención hacia Carlyle y el esclavismo, y que me ha permitido consultar un trabajo suyo inédito. También agradezco la valiosa colaboración de Mercedes de Jorge, de la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense.

¹ David M. Levy, “Economic texts as apocrypha”, mimeo., 1999, de próxima publicación en *Reflections on the Canon: Essays for Sam Hollander*, págs. 1-2.

² Pedro Schwartz, *La “nueva economía política” de John Stuart Mill*, Madrid, Tecnos, 1968, pág. 310. En el Reino Unido la trata había sido abolida en 1807 y los esclavos liberados en 1833.

³ John Stuart Mill, *Principles of political economy* [1848], University of Toronto Press, 1965, Libro IV, cap. VII, # 2 [trad. esp. Fondo de Cultura Económica]. Mill respondió rápidamente a Carlyle con “The negro question”, un alegato en favor de la libertad y de la economía política, publicado en *Fraser's* en enero de 1850; Schwartz, *ibid.*

Los defensores de la esclavitud en América arremetieron contra la economía, el capitalismo y el mercado; Carlyle se destacó entre ellos y por eso tuvo gran eco entre los esclavistas norteamericanos.

En la actualidad una fracción del ataque a la libertad y del aplauso a la reacción anticapitalista proviene de la religión. Entonces también. La publicación paradigmática de estos cristianos progresistas fue precisamente la *Fraser's Magazine for Town and Country*, que en especial bajo la dirección de William Maginn se convirtió en una publicación racista y esclavista, que sólo ponía el énfasis en los pobres europeos, a quienes empezó a llamar "esclavos blancos", y que atacó sin cesar a los economistas en nombre de la humanidad. Se habló mucho entonces de la "esclavitud infantil" de las fábricas, y entonces, como ahora, la base era la crítica del capitalismo y del mercado.

Pero también hubo siempre religiosos amigos de la libertad. En esta ocasión la coalición liberal antiesclavista tuvo como protagonista sobresaliente a Exeter Hall, que era centro tanto de la Iglesia Evangélica (aunque no todas las sectas evangélicas fueron abolicionistas) como de las campañas antiesclavistas. Contra ellos se dirigía Carlyle tanto como contra los economistas: llamó a estos religiosos "indolente ganado bípedo", y se burló de que ellos y los economistas abrazaran "la sagrada causa de la emancipación negra"⁴.

La visión de estos progresistas sobre la esclavitud era muy notable. No creían que los esclavos estaban en el último peldaño de la distribución de la felicidad, y llegaron a decir que los esclavos vivían mejor que los trabajadores europeos, porque los terratenientes, así como cuidaban sus caballos, hacían lo propio con sus esclavos⁵.

Los economistas rechazaron la identificación de personas libres y esclavas, y no pensaban que el propio interés garantizaría ineluctablemente que los esclavos iban a ser bien tratados, un recelo que se remonta a Adam Smith, a quien siempre le pareció preferible un obrero que un esclavo⁶.

Harriet Martineau (1802-1876), una interesante mujer que pudo superar su sordera y otros males físicos para convertirse en una destacada publicista de su tiempo, visitó Estados Unidos en los años 1830, se unió al entonces poco popular movimiento abolicionista, y proclamó de la manera más cruda que había una prueba definitiva de la dife-

⁴ David M. Levy (1999), *op.cit.*, págs. 20-29.

⁵ Los economistas fueron atacados por los esclavistas en razón de su crudo y materialista utilitarismo. Pero había un aspecto utilitarista en el antiesclavismo: para que la consigna "la mayor felicidad para el mayor número" fuese un ingrediente antiesclavista había que reconocer que los negros estaban a la cola de la distribución de la felicidad y que su suerte merecía ser atendida.

⁶ Creía que la esclavitud era "el más vil de los estados", *Teoría de los sentimientos morales* [1759], Madrid, Alianza, 1997, pág. 498, y que no había diversidad de talentos por naturaleza, *La riqueza de las naciones* [1776], Madrid, Alianza, 1994, págs. 47-8. También pensó, como la mayoría de los economistas clásicos, Marx incluido, que el trabajo esclavo no era productivo, una tesis que sólo ha sido puesta en cuestión en nuestros días, como se indica más adelante. Véase *Riqueza*, págs. 128-9, 495-7.

rencia entre los caballos y los esclavos: los dueños de los caballos no abusaban de ellos sexualmente. Este abuso no obedecía sólo a la pasión física sino también a la ganancia económica, puesto que los niños de los esclavos seguían la suerte de su madre. Martineau respondía así a los esclavistas, que para probar que la esclavitud no era inmoral (mientras que capitalismo sí lo era), argüían que no había casi prostitutas negras. Claro que no había: es que estaban en casa. Y preguntó: ¿por qué iba un hombre a pagar por una mujer cada vez que se acueste con ella cuando la puede comprar para toda la vida, acostarse con ella cuando quiera y para colmo guardar las crías para venderlas después?⁷

Otra mujer notable, otra Harriet, Harriet Elizabeth Beecher Stowe (1811-1896), vivió durante 18 años en Cincinnati, separada sólo por el Río Ohio de una finca con esclavos. Se convirtió en una convencida antiesclavista y saltó a la fama con un emocionante alegato: *La cabaña del Tío Tom*, que fue prácticamente anatema en el Sur estadounidense.

Harriet Stowe subraya que con los esclavos sí hay algo parecido a lo que sucede con los caballos, y es la separación de las familias. Cabe recordar que los religiosos antiesclavistas utilizaban como uno de sus argumentos el que los esclavos no podían acceder al matrimonio religioso, puesto que el amo podía vender a los cónyuges por separado. Fue muy importante la crítica de Stowe a la institución, porque no la hizo pivotar en torno a las cualidades morales de los amos; en su relato el esclavo prefiere siempre la libertad, incluso comparándola con el más recto y cariñoso de los amos⁸.

En su contraataque, los esclavistas llegaron a afirmar que el sexo con las esclavas no era coerción y que era mejor una concubina negra que una prostituta blanca, ignorando lo que había dicho Martineau, que fue duramente atacada⁹.

Mientras que los economistas liberales defendían la libre competencia, los enemigos de la ciencia económica defendían una esclavitud benévola, sin abusos. Esto no siempre ha sido resaltado por la historiografía. Schumpeter trata relativamente bien a Carlyle, como un artista y un historiador, pero *sui generis*: "Totalmente incapaz de comprender el significado de un teorema, ignoró el hecho de que toda ciencia es 'lúgubre' para un artista". Pero Schumpeter creyó que Carlyle había acertado en el objeto de su ira¹⁰. También es interesante que Murray Milgate, en la nota biográfica que escribe sobre Carlyle en el

⁷ Levy, *ibid.*, pág. 30. Muchas reformas de la esclavitud empezaron por el fin de la trata y por lo que se llamó "la libertad de vientres", es decir: que los hijos de las esclavas pudieran ser personas libres.

⁸ *Ibid.*, pág. 33.

⁹ El propio Mill, en una carta enviada precisamente a Carlyle, se une a la infundada acusación de que era objeto habitualmente Martineau: la de ser partidaria de un *laissez faire* extremo e irreflexivo. Véase: Mark Blaug, *Teoría económica de Ricardo*, Madrid, Editorial Ayuso, s.a., págs. 231-3.

¹⁰ J.A. Schumpeter, *History of economic analysis*, Nueva York, Oxford University Press, 1954, págs. 409-10 [trad. esp. Ariel]. En una obra anterior había afirmado: "Carlyle y Coleridge fueron, exclusivamente, unos profanos en materia económica a los que se podía hacer el reproche de no comprender lo que condenaban", J.A. Schumpeter, *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona, Oikos-tau, 1967, pág. 107.

New Palgrave, no lo critique por su posición frente a la esclavitud, palabra que de hecho no menciona, no explique el contexto del origen de la expresión “ciencia lúgubre” y se limite a apuntar que Carlyle escribió más sobre economía que esa popular frase¹¹. Y es asimismo frecuente en los manuales de Historia del Pensamiento Económico consignar que Carlyle –que sin duda era antimalthusiano– calificó a la economía como ciencia lúgubre tras leer a Malthus, un error que pasa por alto el crucial problema moral de la esclavitud¹².

Carlyle fue saludado por Engels y otros denostadores del capitalismo por su obra *Past and Present* de 1843 (que da el título a una importante revista marxista del siglo XX), en donde declaró que los negros eran indudablemente inferiores¹³. Dijo: “los negros son congénitamente incapaces de entender las matemáticas”. Carlyle era también muy anti-judío: se comprende que no sólo Engels se entusiasmará con el autor de *Los héroes*, sino también Hitler¹⁴. Los intervencionistas disfrutarán con *Past and Present*, donde por cierto aparece la famosa frase que alude a los “capitanes de la industria” y también otra renombrada definición crítica de la economía libre: “anarchy plus a street constable”, la anarquía más un guardia urbano, y varias otras condenas al *laissez-faire*, y al dinero como único nexo entre los seres humanos.

Karl Marx cree que el capitalismo esclaviza a todo el mundo. Dice: “La esclavitud disfrazada de los asalariados en Europa exigía, a modo de pedestal, la esclavitud *sans phase* en el Nuevo Mundo”. Esto, por cierto, es contradictorio con otra de sus ideas: que la esclavitud era ineficiente, algo que era ampliamente compartido y que en realidad no ha sido puesto en cuestión hasta hace poco, por los nuevos historiadores económicos norteamericanos, que demostraron que la esclavitud era eficiente y que su abolición, que requirió una guerra, era reclamada por motivos morales¹⁵. Reconoce Marx, en la única

¹¹ Murray Milgate, “Carlyle, Thomas”, en J.Eatwell, M.Milgate, P.Newman (eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, Londres, Macmillan, 1987.

¹² El “Occasional discourse” apenas contiene referencias a Malthus, aunque diez años antes, en su ensayo *Chartism* de 1839, Carlyle utilizó entre otras la expresión *dismal* para aludir a los “frenos preventivos” contemplados por Malthus; Joseph Persky, “A dismal romantic”, *Journal of Economic Perspectives*, Vol. 4, N° 4, otoño 1990, pág. 166; Blaug, *op.cit.*, pág. 174. En cuanto a los manuales véanse por ejemplo: Robert B. Ekelund Jr. y Robert F. Hébert, *Historia de la teoría económica y su método*, Madrid, McGraw-Hill, 1992, pág. 184n.; Jacob Oser y William C. Blanchfield, *Historia del pensamiento económico*, Madrid, Aguilar, 1980, pág. 123; Guy Routh, *The origin of economic ideas*, Londres, Macmillan, 1975, pág. 64.

¹³ Levy, *ibid.*, pág. 48.

¹⁴ Varios autores han subrayado la herencia totalitaria de Carlyle, tanto entre los comunistas como entre los nazis. Véanse por ejemplo: Ludwig von Mises, *Socialism* [1922], Indianápolis, Liberty Fund, 1981, págs. 522, 529 [trad. esp. México, Hermes]; V.W.Bladen, *From Adam Smith to Maynard Keynes*, Toronto, University of Toronto Press, pág. 276. Véanse los retratos de Cromwell y Napoleón en tanto que “hero as king”, en Thomas Carlyle, *Sartor resartus. On heroes, hero worship, and the heroic in history*, Londres, J.M.Dent & sons, 1948, págs. 422-467.

¹⁵ La referencia más conocida es Robert William Fogel y Stanley L. Engerman, *Time on the cross: the economics of American negro slavery*, Wildwood House, 1976 [trad. esp. México, Siglo XXI]. Un resumen de la literatura en S.L.Engerman, “Slavery”, en J.Eatwell, M.Milgate, P.Newman (eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, Londres, Macmillan, 1987. Cabe notar que la idea de que la guerra civil fue necesaria para abolir la esclavitud aparecía ya en un clásico del derecho: A.V.Dicey, *An introduction to the study of the law of the constitution* [1885], Indianápolis, Liberty Fund, 1982, págs. 33-4.

oportunidad que cita, desdeñosamente, a Carlyle en *El capital*, que el movimiento antiesclavista británico estaba liderado por los liberales de la Escuela de Manchester, Cobden y Bright. El campo de Carlyle, en cambio, era el de los conservadores, aristócratas y Tories, no el de los liberales¹⁶; los primeros, asimismo, celebraron el imperialismo y, otra vez, los liberales manchesterianos se opusieron¹⁷.

Cabe pensar en las consignas sobre la “esclavitud blanca” como en una reacción al movimiento abolicionista. Los esclavistas decían que los obreros blancos europeos se veían a sí mismos iguales a los esclavos negros americanos, lo que por supuesto no era verdad, pero los Carlyle y compañía lo necesitaban como argumento. El incipiente movimiento obrero, a través del cartismo, apoyó la abolición pero insistió en arrastrar a los abolicionistas a su campo, y utilizó el banderín de enganche de los antiesclavistas: era necesario que los abolicionistas extendieran su conmiseración a la clase obrera británica¹⁸. En todo este asunto *La cabaña del Tío Tom* chirriaba por la cuestión femenina. En efecto, como dice el profesor David M. Levy, si todo el trabajo es esclavo no hay diferencia entre blancos y negros, y el localismo moral no contradice la ética universal, puesto que los esclavos blancos de Europa merecen la misma atención que los negros de América. Con todo lo discutible que es esto, *La cabaña* planteó un punto incómodo por lo indiscutible: los llamados esclavos blancos en Europa eran mayoritariamente hombres¹⁹.

Los voceros antiliberales no eran minoritarios; estaban acompañados por grandes escritores. Uno de ellos fue Charles Dickens, que hizo mucho por petrificar la imagen del siglo XIX como un siglo económicamente desolador. La célebre novela *Hard times*, tiempos difíciles, apareció en 1854. Este libro es una denuncia del mercado por su carácter inmoral, porque según Dickens en el mercado libre maximizamos nuestra felicidad sin fijarnos nunca en la felicidad de ninguna otra persona. La novela, que recoge la crítica a la economía por su papel en la abolición de la esclavitud, está dedicada a Thomas Carlyle. Se supone que la dedicatoria es por *Past and Present*, pero el profesor Levy dice que no, porque lo que Carlyle escribe justo antes de que aparezca *Hard Times* es otra vez *Occasional discourse on the nigger question* en 1853, que amplía su artículo de 1849²⁰. Insiste Carlyle en la obligación de trabajar en el capitalismo y en la igualdad esclavo/obrero, a lo que Mill responde con la idea de la dignidad de todos los seres humanos²¹.

¹⁶ Karl Marx, *El Capital* [1867], Madrid, Siglo XXI, 1975, Libro Primero, págs. 307, 914n., 949.

¹⁷ Carlos Rodríguez Braun, *La cuestión colonial y la economía clásica*, Madrid, Alianza, 1989, cap. 7.

¹⁸ Walter Minchinton, “Abolición y emancipación: historiografía británica desde 1975”, en F.Solano y A.Guimerá (eds.), *Esclavitud y derechos humanos*, Madrid, CSIC, 1990, pág. 536.

¹⁹ Levy, *ibid.*, págs. 56-8.

²⁰ David M. Levy, “*Hard Times* & the moral equivalence of markets and slavery”, Documento de Trabajo, Center for Study of Public Choice, George Mason University, 2000a, pág. 27.

²¹ Pedro Schwartz, *op.cit.*, págs. 316-7.

Carlyle defiende incluso el genocidio de los antiguos esclavos antillanos, y fue muy leído a raíz del caso del gobernador de Jamaica, Edward John Eyre, que dirigió una represión en la que murieron 439 personas y 1.000 casas fueron incendiadas. Fue la última gran batalla de la coalición cristiano-economista a mediados de los años 1860, que pretendió llevar a los tribunales al gobernador Eyre; uno de los líderes del movimiento fue Stuart Mill, lo que contribuyó, nótese, a su impopularidad²². Cuenta Mill en su *Autobiografía* que a raíz de este episodio recibió numerosas cartas amenazantes y que los autores de la masacre jamaicana “eran defendidos y aplaudidos en Inglaterra por la misma gente que durante tanto tiempo había aprobado la esclavitud de los negros”²³.

El primero que advirtió la importancia de defender a Eyre fue John Ruskin (1819-1900), otro de los grandes críticos de la época victoriana y de la presunta inmoralidad del capitalismo, cuyo pensamiento fue muy influido por Carlyle. Su argumento era que había que apoyar la emancipación de los esclavos, pero primero iban los “esclavos blancos” –la brutalidad en ambos casos le parecía comparable. También habla de las prostitutas de Londres, un mal que le parece a Ruskin mucho peor que la prostitución de las jóvenes de África. Parece olvidarse que a las jóvenes africanas se las prostituía en América después de cazarlas como animales y darles de latigazos, meterlas en un barco y llevarlas al otro del mar. ¿Cómo pudo compararlas con las prostitutas inglesas, cómo pudo preferir a la joven inglesa antes que a la africana? Está claro que despreciaba a la negra. Tampoco estuvo lucido Dickens, porque para él eran moralmente equivalentes la esclava blanca y la negra²⁴.

En los bandos de la controversia sobre el gobernador Eyre estaban, pues, por un lado los que decían que la justicia debía ser igual para todos: ahí se juntaron los evangélicos y los economistas, a los que se unieron Charles Darwin y T.H.Huxley. En la oposición estaban las grandes voces antiliberales de la literatura victoriana: Charles Dickens, John Ruskin, Charles Kingsley y Alfred Tennyson, todos codo a codo con Carlyle, defendiendo que no podía ser asesinato el matar a negros jamaicanos, porque sólo se pueden asesinar a seres humanos. El propio Dickens, que también hizo mofa de los religiosos de Exeter Hall, escribió en su artículo “El noble salvaje” de 1853 que algunas razas no debían existir²⁵.

Resume el desenlace el profesor Levy: “La derrota de la coalición evangélicos-economistas fue total. Eyre fue absuelto, Stuart Mill perdió su escaño en el Parlamento, se abrió el siglo de las masacres públicas. Y el episodio jamás es mencionado cuando en las clases de inglés se evoca a los grandes escritores progresistas y a los economistas sin corazón”²⁶.

²² *Ibid.*, pág. 312.

²³ John Stuart Mill, *Autobiografía* [1873], Madrid, Alianza Editorial, 1986, págs. 274-7.

²⁴ Levy (2000a), *op.cit.*, págs. 36-42.

²⁵ *Ibid.*, págs. 30-33.

²⁶ David M. Levy, “150 years and still dismal”, *Ideas on Liberty*, Vol. 50, N° 3, marzo 2000b (en la red: www.fee.org/ol/00/0003/levy.html).

Otro argumento de la época fue que algunos pueblos no están preparados para la libertad, lo que rompía el principio de que hay una única naturaleza humana. En una reseña de *La cabaña del Tío Tom* publicada en 1852, Charles Dickens propone reformar la esclavitud, para retrasar la emancipación hasta que los esclavos negros estuvieran listos para ser libres. Es importante, insiste Dickens, que los amos sean buenos, que no sean crueles, que no empleen látigos...pero que tengan esclavos. Como apunta Levy la amabilidad del patrón en una economía libre importa poco, porque hay otras compensaciones y además porque uno siempre puede marcharse. Pero si uno no puede marcharse, y eso es la esclavitud, entonces la amabilidad del amo es crucial. En *La cabaña del Tío Tom* el esclavo prefiere siempre, como vimos, la libertad antes que el amo cariñoso, porque nunca se sabe cómo será el amo siguiente. El intervencionismo, la hostilidad a los mercados, tiene un componente de paternalismo. Para Dickens no hay diferencia entre el mercado y la esclavitud: lo único que importa es la amabilidad de los amos. Con amos cariñosos el capitalismo es lo propio para los blancos, y con amos cariñosos la esclavitud es lo propio para los negros. David M. Levy concluye que hay vínculos entre *Tiempos Difíciles* y *La cabaña del Tío Tom*, aunque uno trate del capitalismo y otro de la esclavitud: sucede que la alternativa al capitalismo denunciado por los progresistas no era el socialismo sino la esclavitud. O el denostado *cash nexus*, o el nexo de los grilletes²⁷.

La incompatibilidad entre el mercado y la ética fue destacada por Dickens en *Tiempos Difíciles*: "el Buen Samaritano fue un Mal Economista"²⁸. Dickens disputa el contenido moral del mercado: lo único que cuenta es la gente que lo integra. Por eso el capitalismo es éticamente equivalente a la esclavitud. Por eso todo este grupo deplora la lucha de los movimientos religiosos contra la esclavitud. Para Dickens el cristianismo es incompatible con el utilitarismo y con cualquier principio que valore el propio interés; le indignaba que religiosos y economistas combatieran juntos a la esclavitud, dado que eran para él contradictorios, con lo que su oposición conjunta a la esclavitud le parecía absurda²⁹.

El éxito de los románticos pero reaccionarios del siglo XIX iba a ser duradero. Como recuerda Shove, a finales de dicha centuria, en los tiempos de Alfred Marshall, cristalizan las fulminaciones de Carlyle y de Ruskin y la ácida sátira de *Hard Times*, de modo que, como dijo Jevons en *Principles of Science* los economistas políticos eran "mirados como criaturas de sangre fría privados de los sentimientos ordinarios de humanidad", que menospreciaban los imponderables por los hechos concretos y daban preferencia a la sordida caza de la ganancia material con exclusión de las emociones delicadas y de las más

²⁷ Levy (2000a), págs. 45-49.

²⁸ *Ibid.*, págs. 51, 54. Sobre el tema del samaritano y los problemas morales del intervencionismo y el liberalismo véanse: Carlos Rodríguez Braun, "Estado social y envidia antisocial", *Claves*, abril 1998; "Del Buen Samaritano a Robin Hood", *Nueva Revista*, agosto 1998; y dos artículos publicados en *El País*: "El buen Samaritano y el mercado" y "El Samaritano como bien público", 14 diciembre 1998 y 15 junio 1999; el primero fue reimpresso en C. Rodríguez Braun, *A pesar del Gobierno*, Madrid, Unión Editorial, 1999, págs. 262-4.

²⁹ Levy, *ibid.*, pág. 23.

altas aspiraciones del hombre; es decir, como Gradgrinds, el personaje de Tiempos difíciles. Shove dice que Marshall intentó combatir esta visión, en una suerte de contrarforma³⁰. El propio Marshall, en efecto, abre sus Principios destacando que el dinero es importante para la ciencia económica no como motivación única sino como medida de un amplio abanico de motivaciones humanas: "Si los economistas del pasado hubiesen aclarado esto, habrían eludido muchas penosas desfiguraciones; y las espléndidas enseñanzas de Carlyle y Ruskin con respecto a los objetivos correctos del esfuerzo humano y los usos convenientes de la riqueza no se habrían echado a perder por amargos ataques a la ciencia económica, basados en la creencia errónea de que a dicha ciencia no le preocupa ningún motivo salvo el egoísta afán de riquezas, e incluso que inculcó una política de sórdido egoísmo"³¹.

Paso ahora a recapitular los planteamientos de quienes combatieron a la ciencia económica y aplaudieron su denominación como "ciencia lúgubre". Expondré una docena de argumentos divididos en dos partes, porque me interesa vincular a esos viejos enemigos del mercado con sus correligionarios de hoy en día.

Los que siguieron a Carlyle en su condena a la *dismal science*, esos románticos progresistas, se caracterizaron por: defender la esclavitud, creer que hay razas inferiores, identificar obreros blancos con esclavos negros, justificar el genocidio de los negros, despreciar a las mujeres negras y respaldar al imperialismo.

Los destinatarios de sus improperios, en cambio, negaron esos seis puntos, con más o menos matices, pero los negaron, y los negaron con mayor insistencia cuanto más liberales eran.

Pero Carlyle y sus secuaces también apoyaron otros seis puntos, que merece la pena separar de los seis anteriores. Según ellos: el mercado es inmoral, el capitalismo es dañino para la clase obrera, la religión debe oponerse a la economía libre, algunos pueblos no están preparados para la libertad, el Estado debe controlar a la sociedad, y el comercio y el dinero conllevan un abanico de consecuencias negativas.

Estos seis argumentos, varios de ellos enlazados entre sí, difieren de los seis anteriores por una razón muy notable: aún son ampliamente compartidos. Pero pregunto: ¿por qué los enemigos de la ciencia económica iban a errar con los primeros seis planteamientos y acertar con los segundos, por qué iban a ser reaccionarios con una parte de sus ideas y no con la otra?

El que la "mano invisible" del mercado fuera considerada inmoral, materialista, egoísta, individualista, etc., habría llamado poderosamente la atención de Adam Smith, su in-

³⁰ G.F.Shove, "Los Principios de Marshall en la teoría económica", J.J.Spengler y W.R.Allen (eds.), *El pensamiento económico de Aristóteles a Marshall*, Madrid, Tecnos, 1971, págs. 738-9.

³¹ Alfred Marshall, *Principles of Economics* [1890], 8va. edición, Londres, Macmillan, 1920, págs. 18-9 [trad. esp. Aguilar].

ventor, que era un profesor de moral y cuyo primer libro, y el que puede demostrarse que más le interesó, se tituló nada menos que *La teoría de los sentimientos morales*, que parte de la idea de que siempre estamos interesados por la suerte de los demás; la tradición liberal ha subrayado siempre la importancia de la ética. Simplemente no es verdad que el mercado mine los sentimientos sociales más afables. En la Inglaterra victoriana, presunto infierno individualista, una familia media destinaba a objetivos humanitarios nada menos que el diez por ciento de su renta; el sentimiento solidario individual y libre es tan poderoso que no pudo ser aniquilado con la ulterior hipertrofia de las Administraciones Públicas.

Incluso antes de Adam Smith, Montesquieu ya había planteado claramente el argumento liberal que defiende el comercio no principalmente por razones de eficacia asignativa sino por razones morales y políticas, porque fomenta la honradez, la laboriosidad, el cumplimiento de los contratos y las relaciones pacíficas entre personas y naciones. El acusar a la ciencia económica de predicar una ofuscación exclusivamente mercantilizada o dineraria es una nítida distorsión de nuestra disciplina³².

La idea de que la revolución industrial y el capitalismo fueron perjudiciales para la clase obrera, acuñada por conservadores y socialistas en el siglo XIX, ha sido objeto de incontables investigaciones, sin haber sido ratificada. La jeremiada prosiguió en el siglo XX, con un pensamiento predominante que insiste en que vivimos en las peores circunstancias posibles, y una opinión pública vastamente bombardeada con consignas como que "los pobres son cada vez más pobres", lo que es falso: en nuestro tiempo los pobres son, por primera vez en la historia, cada vez menos y cada vez menos pobres³³.

Hay pobres hoy, como los había también en el siglo XIX, pero algo debe fallar en la apreciación histórica para que no se reconozca que las mayorías de las clases trabajadoras viven hoy mejor que nunca en la historia humana. Algo importante debe fallar, porque cuando pensamos en el siglo XIX vemos niños explotados en una mina, pero cuando pensamos en el siglo XVII o XVIII evocamos un palacio, un jardín y una sinfonía de Mozart.

La idea de que la religión debe oponerse a la economía de mercado es antigua. Un siglo ha pasado ya desde que el presbítero Sardá publicó su panfleto, significativamente titulado *El liberalismo es pecado*. En tiempos recientes ha llamado la atención la Teología de la Liberación, por su completa ceguera en su ataque al capitalismo pero no al socialismo, y en su irresponsable respaldo a dictaduras y movimientos terroristas en América Latina. Pero lo importante es la larga tradición intervencionista de la Doctrina Social de la Iglesia, que se inicia en 1891 con la *Rerum Novarum* y que apenas ha empezado a modificarse tímidamente gracias a Juan Pablo II³⁴.

³² Alan Peacock, "The communitarian attack on economics", *Kyklos*, Vol. 52, Fasc. 4, 1999.

³³ F.A. Hayek y otros, *El capitalismo y los historiadores*, 2da. ed., Madrid, Unión Editorial, 1997.

³⁴ Carlos Rodríguez Braun, "Tensión económica en la *Centesimus Annus*", *Empresa y Humanismo*, Vol. II, Nº 2, 2000, págs. 473-92.

Podrá sorprender que haya incluido a la noción de que algunos pueblos no están preparados para la libertad entre las ideas reaccionarias que aún perviven, puesto que hoy nadie defendería esta idea abiertamente. Sin embargo, el anticapitalismo alberga un componente desdeñoso, en el sentido de que puede llevar a pensar que limitar las libertades en La Habana no es tan grave como hacerlo en París. No rebotan los medios de comunicación por los reproches a José Saramago y a tantos otros intelectuales y artistas que simpatizan con o comprenden la dictadura de Fidel Castro, igual que no los había en el siglo XIX cuando Carlyle justificaba la esclavitud³⁵. La insatisfacción ante el capitalismo y la idolatría ante sus alternativas condujo al fenómeno conocido de identificar sus males, como quienes se quejan de la falta de libertad equivalente en el comunismo y el capitalismo; hubo quien comparó las purgas de Hollywood bajo el maccarthismo con las purgas contemporáneas de Stalin y sus asesinatos en masa³⁶, y hubo intelectuales de izquierdas que reconocieron que había campos de concentración en los países comunistas, pero añadieron que en el capitalismo había...¡fábricas! Otra vez, la vieja e inmoral comparación entre el obrero y el esclavo³⁷.

La invocación al control del Estado sobre la sociedad es, por supuesto, el eje del intervencionismo, que desde la más remota antigüedad hasta hoy recela de lo mismo que recelaba Carlyle: *letting men alone*. Siempre ha latido en esa posición el paternalismo: no se nos puede dejar en paz porque hacemos las cosas mal o somos torpes o egoístas o materialistas o... negros. La forma y el contenido del paternalismo cambian, pero quizá algo de su esencia permanece, aunque se haya dejado de hablar descaradamente de razas inferiores indignas de la libertad y se haya pasado a desvalorizar moderadamente a consumidores o ahorradores contemporáneos a quienes no se puede permitir que compren libremente o inviertan su dinero donde ellos decidan, por los peligros de la "globalización salvaje". Es interesante que hoy también se recurra a la falacia de Dickens: la esclavitud no es mala si los amos son bondadosos, y el intervencionismo tampoco lo es si los políticos y burócratas son honrados y sabios. Hoy nadie reclamaría como Carlyle el "látigo benévolo" del propietario de esclavos, pero sí se aboga por amplias restricciones a la libertad individual en aras del "interés general" que supuestamente definen las autoridades democráticas de modo ineluctable³⁸.

³⁵ Sobre las exculpaciones y asimetrías en el tratamiento del comunismo puede verse: Jean François Revel, *La gran mascarada*, Madrid, Taurus, 2000.

³⁶ A raíz de las matanzas recientes y no tan recientes en África algunos han caído también en la tentación de conjeturar si esos pueblos estaban listos para la libertad tras la descolonización. Lo estaban. En cambio, no lo estaban sus autoridades, embebidas en su mayoría de dogmas izquierdistas, que aún prevalecen entre los dirigentes africanos. Dos obras que mencionan el caso del maccarthismo, pero que son además muy valiosas a la hora de ponderar la asimetría del tratamiento de capitalismo y comunismo en general, son: Paul Hollander, *Political pilgrims. Western intellectuals in search of the good society*, 4ta. ed., Nueva York, Transaction Publishers, 1997, pág. 55 [trad. esp. en dos volúmenes, Playor]; y Tony Judt, *Past imperfect. French intellectuals, 1944-1956*, University of California Press, 1992, pág. 172 [trad. francesa Librairie Arthème Fayard].

³⁷ Judt, *op.cit.*, pág. 175.

³⁸ Una revisión de las deficiencias del intervencionismo actual en: Carlos Rodríguez Braun, *Estado contra Mercado*, Madrid, Taurus, 2000.

En el mensaje antiliberal suenan las alarmas ante las consecuencias nocivas del comercio y el mercado, y esto tiene raíces antiguas. Gustará a los ecologistas de hoy el saber que otro de los dardos que Carlyle y especialmente Ruskin lanzaron contra el capitalismo fue que ¡contaminaba!³⁹ Y así como los progresistas actuales niegan el importante papel de lo que condenan, es decir, el papel de la propiedad privada y la riqueza en el cuidado del medio ambiente, también suelen tratar con paños calientes la alternativa. La contaminación capitalista, en efecto, empalidece frente a los atentados que perpetraron los regímenes comunistas contra el medio ambiente. Otra vez, no se trata de negar la existencia de problemas ecológicos, sino de criticar la ofuscación anticapitalista que despiertan.

Una última asimetría que quiero destacar tiene que ver justamente con el socialismo. Ya hemos visto que los reaccionarios proesclavistas que acuñaron la malévolra expresión de la ciencia lúgubre eludían que la alternativa a la clase trabajadora eran los esclavos, y falazmente llegaron a equiparlos. Pues bien, algo parecido sucede en nuestros días, porque los progresistas –que siguen rechazando el capitalismo, el comercio y el mercado– pasan de puntillas por lo que han significado sus alternativas y su negación durante el siglo XX, que dieron como resultado algo tan devastador como la esclavitud o más.

En resumen, creo que puedo defender mi tesis de partida: el “horror económico”, como reza el título de un olvidable best-seller antiliberal⁴⁰, no es horror sino un error injustificado, que ha unido a los intervencionistas de derechas y de izquierdas contra los economistas, en un cambalache que lo mismo integra a Marx que a Burke⁴¹. No pretendo formular juicios de intenciones, en ninguna época. Carlyle podía ser un amigo de la humanidad, pero al defender la esclavitud probó que no lo era de toda la humanidad, e incluso puede demostrarse que sus críticas al mercado no apuntaban al mejoramiento de las condiciones de vida de la clase trabajadora⁴². Lo mismo cabe decir de quienes hoy aplauden el intervencionismo y el proteccionismo con tesis análogas a las de esos viejos reaccionarios.

Ruego por tanto al lector que la próxima vez que oiga a intelectuales y artistas, a políticos y sindicalistas, a religiosos y periodistas, proferir duras condenas contra el mercado, desde púlpitos y cátedras y tribunas sin fin, que levante la mano. Si es osado, para protestar. Y si es prudente, porque también hay que vivir, no para llamar la atención sino sólo para ocultar tras su mano una sana y escéptica sonrisa.

³⁹ Joseph Persky, *op.cit.*, pág. 169.

⁴⁰ Vivienne Forrester, *El horror económico*, México, FCE, 1997.

⁴¹ Burke es el autor de otro reputado lamento por el fin de la era de los caballeros y la llegada de la vulgar era de los economistas, y su resentimiento halló eco en Coleridge, Carlyle, y los *tories*; Henry William Spiegel, *El desarrollo del pensamiento económico*, Barcelona, Omega, 1973, pág. 487.

⁴² Por ejemplo, rechazaba lo que llamó el “nomadismo” del mercado, que la gente fuera de un sitio a otro, de un trabajo a otro. Pero esta muestra de nostalgia feudal es objetivamente contraria a los intereses de los trabajadores, cuya movilidad propicia una vida mejor. Cf. Levy (1999), pág. 49.